

EL SALTO DEL ELATERIO

Luis Junco

*El elaterio, cuando queda boca arriba,
intenta saltar ...Un movimiento, por la acción
sobre su espina pectoral, que provoca que ésta
se comprima como un muelle ... y catapulte al
insecto que sale proyectado ...
("Viaje de un naturalista" Ch. R.Darwin)*

Antes, cuando la ciudad era más pequeña y la gente no se escondía bajo la máscara del anonimato y la celeridad, era posible encontrar, por la calle más céntrica y comercial, a hombres como Antonio Filguedo. Yo le conocí ya de viejo, cuando a diario paseaba su miseria de años y penurias desde la antigua plaza del Mercado en que comenzaba la calle hasta el confín de la misma, un parque de palmas y laureles y que en pretéritos tiempos marcaba también el límite de la ciudad. Claro que en mi visión de niño aquella figura liviana y encorvada, coronada de un anticuado sombrero de hongo y cubierta de desgastado terno de color indescifrable y anacrónica corbatilla de lazo tenía la misma relevancia que los viejos bancos de madera del parque, el águila de cartón-piedra que señoreaba la sombrerería El Águila o el Reloj, con mayúsculas, cuya esfera bifronte aún

continúa marcando los tiempos de esta calle. Pero, en realidad, mi conocimiento del auténtico Antonio Filguedo comenzó al filo de una mañana, con la llegada imprevista de mi abuelo Mauricio y su anuncio sorprendente:

—¿Ya saben lo de Filguedo? Esta mañana Rafael el guardia se lo encontró medio muerto sobre un banco del parque. Se lo llevaron para el Hospital del Hospicio. Ya veremos lo que pasa...

Y ahora sé que no fue tanto lo trágico de la noticia lo que prendió mi atención en aquel día, sino el tono que encerraba la última frase inacabada. Tono que con evidente acento jubiloso volvió a repetirse unas dos semanas más tarde con otra visita intempestiva:

—¡Ya lo dije! Antonio Filguedo desapareció anoche. En la cama revuelta donde agonizaba no encontraron sino las huellas de un vómito de sangre.

Y comenzó entonces a contarnos los misterios de la vida de aquel singular personaje.

Con aquellos cuentos de mi abuelo, y los datos fidedignos que con los años ha ido prodigando eso que comúnmente se denomina la mitología popular, he ido recomponiendo la verdadera historia de Antonio Filguedo. De mi parte, apenas he añadido una imprescindible pizca de fantasía.

Antonio Filguedo Sosa nació y vivió no lejos de donde nosotros vivíamos, en la calle llamada de los Malteses-nombre debido a la presencia en la misma de varios inmigrantes de aquella procedencia-y también conocida de más antiguo por calle del Agua pues por ella transcurría en

aquellos tiempos la canalización del agua hasta las fuentes públicas. Fue hijo único del matrimonio de doña María Encarnación Sosa, hija quinta de rancia familia venida a menos, y de don Estanislao Filguedo Acevedo, de procedencia portuguesa, empleado de banca y hombre tranquilo, fiel y trabajador; virtudes todas que, junto a una casa de dos plantas que aún se conserva en pie y una pensión honrosa para aquellos tiempos, su hijo no tardó en intitular como único heredero: don Estanislao murió del corazón cuando Antonio aún no había cumplido los seis meses. Y fue el decir de mi abuelo, que la causa de aquel fallecimiento prematuro tal vez había que buscarla en el mismo acto del nacimiento del que iba a ser Antonio Filguedo. Pero comoquiera que este hecho es el primero de relevancia que marca el carácter de extraordinario de nuestro personaje, y como con el transcurrir del tiempo ya dudo que fuera aquella la interpretación de mi abuelo o el sentido indiscutible que el *se dice* anónimo atribuyó a un acontecimiento de hace casi ciento veinte años, creo necesaria la advertencia y el punto y aparte antes de continuar con la relación de lo sucedido.

Las cosas más o menos ocurrieron así: Aquella noche, el sereno Ceferino Caneda apenas había cantado la media y anunciado el "despejado y luna", cuando doña María Encarnación sintió que había llegado el momento. Don Estanislao, hombre previsor y advertido, ya tenía dispuestos todos los pormenores: las toallas, las palanganas para el agua, gasas, desinfectantes, algodones. También había dispuesto el aviso de Ceferino a la partera, la comadre Carmenza la del Risco como era conocida por todos. La larga lanza de Ceferino Caneda retumbó más aprisa de lo normal por los empedrados de Torres, la Peregrina, San Francisco; mudó al sonido sordo de la tierra cuando pasó tras el convento del mismo nombre y se confundió con los cañaverales del camino de Maninidra, rumbo a las primeras estribaciones de la colina de San Nicolás.

Cuando volvió con Carmenza no más allá de la media hora, Antonio Filguedo ya asomaba a un extraño mundo que no iba a tardar mucho en incluirle en el conjunto de sus misterios e

irregularidades. El parto fue rápido y sencillo. La comadre Carmenza hizo el resto del trabajo con limpieza y seguridad, y cuando aún no habían transcurrido ni dos horas desde que todo se iniciara, el recién nacido era depositado en un gurrúño de algodones y blancas sábanas que olían a lavanda y azahares junto a doña María Encarnación.

Y en ese momento desapareció.

Así, como lo oyen: el niño pareció evanescerse entre las sábanas ante la desesperación de doña María Encarnación- que rebuscó afanosa entre las sábanas, bajo las almohadas, por el mismo lugar de su cuerpo por dónde su hijo había salido-, la incredulidad de la comadre Carmenza- que llegó mirar en la palangana sucia con los restos del parto- y la angustia mortal de don Eustaquio que sintió en aquel momento la punzada fría y artera que en menos de seis meses habría de llevarle a la tumba. Fueron momentos extraordinarios, y ya sabemos que en tales momentos el tiempo no sucede, y no puede contarse en horas, minutos y segundos: tal vez adquiere entonces su auténtico carácter.

Antonio Filguedo reapareció de la misma manera que había desaparecido: allí estaba de nuevo, entre el gurrúñito de sábanas y algodones, pataleando y manoteando con la suavidad que había estado haciéndolo, con el mismo gesto indeciso entre el lloro y serenidad que tiene todo recién nacido. Mirando aquel cuadro, diríase que él era lo único que parecía continuar en su sitio debido. A su alrededor, parecía haber ocurrido un terremoto.

Alguien dijo que en todo acontecimiento extraordinario existe una inconsciente propensión al olvido, que nos salva así de la locura. No dijo, sin embargo, que ese olvido sólo afecta a las individualidades, pero que no puede con la minuciosa e indeleble memoria colectiva. Todos los sujetos de aquel hecho inexplicable perdieron su memoria: Carmenza, buena santiguadora, la ahogó en un conjuro; doña María Encarnación, en el cuidado diario de un hijo que creyó perdido; a don

Eustaquio la muerte le deparó el consuelo de un eterno olvido. Sólo muchos años más tarde volvieron a recordarlo los labios de mi abuelo Mauricio, y ahora yo lo transcribo, oficiante de ese culto no menos mágico y eterno que es la escritura.

Los siguientes veinte años de la vida de Antonio Filguedo transcurrieron dentro de la normalidad de una familia de la condición de la suya y en una provincia de ultramar como era aquella en aquella época. Su madre, doña María Encarnación, dedicó todo su cariño, tiempo y restos de su pequeña fortuna en el cuidado y educación de su hijo único. Antonio estudió en el mejor colegio de la ciudad, el de San Agustín, donde veinte años antes había estudiado un joven que ahora triunfaba como novelista en la capital de la nación apellidado Galdós. Y cuando finalizó sus estudios de segunda enseñanza, el mismo banco que tan buen recuerdo debía a la dedicación y labor de su padre, le contrató como aprendiz. Dos años más tarde, Antonio era el contable más joven de la entidad, el empleado ejemplar y modélico. Por lo demás, su vida transcurría apacible entre el trabajo diario, la vida con su madre, a la que profesaba una devoción casi religiosa, y los paseos con ella los domingos a la tarde por la calle mayor hasta el confín del parque, donde se sentaban y disfrutaban con el paso tranquilo de los otros transeúntes. Fue en uno de esos domingos cuando conoció a Sara Rosa.

En el mismo banco del parque que ellos habituaban, comenzó a sentarse una señora de parecida edad a la de doña María Encarnación y su hija, una criatura que sin ser muy hermosa tenía la gracia de la juventud y el aspecto claro y pulcro de una muchacha bien educada. Entre doña María Encarnación y doña Asunción del Valle, que así se llamaba la dicha señora, se estableció una

rápida simpatía que más tarde se demostró basada en dos mismos aspectos compartidos: ambas eran viudas, y no tenían en el mundo más proyecto u ocupación que el solo vástago de su efímero matrimonio. Lo que fue aquel día un encuentro casual, se transformó con el transcurrir del tiempo en el encuentro tácito de todos los domingos por la tarde. En un extremo del banco doña María Encarnación y doña Asunción devanaban la cuita interminable de sus vidas paralelas; en el otro extremo, Antonio y Sara Rosa aparentaban dos hermanos en buenas relaciones: él parecía el mayor y el responsable, siempre leyendo un libro o haciendo números en una libretita que sacaba del bolsillo interior de su americana; a su lado, Sara Rosa travesaba soplándole las hojas del libro, atisbando en la libreta y anunciándole con malicia el mal resultado de operaciones aritméticas, jugando con las pirinolas que caían de los laureles y haciéndolas resbalar por el cogote inclinado de Antonio. De éste sólo obtenía una constante pero suave reprensión, el gesto repetido e inalterable que otorga la infinita paciencia. Cuando hubo transcurrido más de un año de esta relación, una tarde doña María Encarnación invitó a las del Valle a merendar en su casa. En la contrapartida, en casa de doña Encarnación, ambas madres decidieron el compromiso matrimonial entre sus hijos. Sólo podemos juzgar que Sara Rosa lo recibió con júbilo y alborozo. Nunca sabremos los exactos sentimientos de Antonio Filguedo: sólo conjeturamos que cualesquiera que fuesen estaban eclipsados por el cariño y respeto hacia su madre.

Lo cierto es que los pormenores de la boda comenzaron a llevarse a cabo. Doña Asunción encargó a la mejor modista el traje de la novia, abrió una cartilla a su nombre con el dinero ahorrado de mucho tiempo para la ocasión, ultimó los detalles de un ajuar completo y de buen gusto que incluía excelente porcelana, la plata completa que doña Asunción recibió para su propio matrimonio y exquisitos bordados heredados de sus antepasados. El piso alto de la casa de doña María Encarnación, comenzó a prepararse para acoger al nuevo y joven matrimonio. Se decidió el

lugar, la iglesia de San Francisco; los padrinos, por parte del novio, el director del banco que empleaba a Antonio; se confeccionó la larga lista de invitados. Por fin se estableció la fecha, las diez de la mañana de un veinticuatro de abril.

El día de la fecha amaneció una espléndida mañana de primavera. Desde las nueve y media, el templo y su entrada bullía con la llegada de los invitados, los ánimos y ademanes festivos, los comentarios. La novia y su madre, junto con la madrina, venían desde su propia casa, en una hermosa calesa engalanada. Desde la calle de los Malteses, Antonio, junto con su madre, el padrino y un compañero del banco tenían prevista su salida en otro carricoche ante la expectación de un vecindario avisado. Entonces comenzó a ocurrir lo extraordinario. No sabremos las exactas razones, pero en el último momento el novio decidió retrasarse, acudir solo, caminando. La decisión no causó inquietud ni alarma: la cercanía a la iglesia, apenas diez minutos a ritmo pausado, un paseo lenitivo en tales circunstancias, eran razones más que sobradas. A las nueve y cuarenta y cinco la vecindad asomada a los balcones y ventanas saludaba con alborozo la salida tímida y un tanto apocada de Antonio Filguedo desde el inicio de la calle Malteses. Dos minutos más tarde, le vieron tomar la Peregrina lo que interpretaron como el necesario alargó de un trayecto con tiempo sobrado. En la esquina de ésta con Torres, los parroquianos de la única barbería de la zona comentaron su paso: eran las nueve y cincuenta y dos. Subió luego por la calle de los Portugueses, pues un tendero de tejidos atestiguó su paso a las nueve y cincuenta y cinco. Don Arturo López Padilla, licenciado, insiste en haberle visto pasar por la misma calle de San Francisco a la altura de su botica dos minutos más tarde. Y hasta varios invitados a la boda aseguraron haberlo visto emergiendo por la esquina San Francisco a la alameda que da acceso al templo en el mismo filo de las diez. Pero Antonio Filguedo nunca llegó a su boda.

En realidad, hizo acto de presencia en aquel mismo lugar dos días más tarde, ante la sorpresa de don Juan Navarro, cura ecónomo de la parroquia: Antonio Filguedo insistía, con una seriedad indesmayable, haber asistido allí para su propia boda.

Debo decir, antes de continuar, que la reconstrucción de los hechos antes relatados, los testigos, los detalles de tiempos y lugares tuvo lugar mucho después de lo sucedido. Nadie, excepto quizás doña María Encarnación, alcanzó a columbrar en aquellos momentos el auténtico sentido de los acontecimientos. Doña Asunción del Valle y su hija Sara Rosa lo tomaron como el mayor desaire que puede hacerse a una familia honorable: nunca más volvieron a mirar a la cara de su ofensor y a su madre. Los compañeros de trabajo de Antonio lo recibieron con caras de circunstancias que no podían ocultar la sonrisa burlona y palmeo cómplice. El vecindario obtuvo para muchos meses el pábulo sabroso de otra novia abandonada a las puertas del altar. Ni siquiera Antonio Filguedo parecía comprender lo sucedido: tras los cristales de sus gruesos anteojos su mirada transmitía un asombro superior al habitual. Tan sólo su madre pareció comprenderlo. Lejos de solicitar de su hijo una explicación que sabía imposible, trató de demostrarle la misma naturalidad de todos los días, tal vez subrayada en una atención y cariño superiores a lo habitual. Y no volvió a salir nunca de su casa. La misma muchacha del vecindario que le ayudaba en las tareas de la casa le hizo desde entonces las compras y los recados; pero doña María Encarnación no volvió a pisar la calle. La atención a su hijo pareció convertirse en el solo propósito de su vida. Cada mañana vigilaba tras la ventana la salida de Antonio, su vuelta a la hora del mediodía, la nueva salida después del almuerzo, el regreso con la anochecida. Con el tiempo, la costumbre se transformó en enfermiza. Doña María Encarnación pasaba largas horas delante de la ventana antes y después de cada vuelta e ida de su hijo. Diríase que otorgaba a su pensamiento los mágicos poderes que lo hacían aparecer de nuevo; a su olvido, los de provocar su desaparición.

Desde entonces transcurrieron treinta y dos años. La figura de doña María Encarnación, como consumiéndose en aquella enfermiza atención, se fue apagando y desvaneciendo, sólo sus ojos parecían fulgurar con el mismo poder detrás de los visillos de la ventana. Un buen día, poco antes de la llegada de su hijo, murió detrás de la ventana de un aneurisma. Calibrar los sentimientos de Antonio Filguedo por el normal rasero de los demás mortales sería vana tarea. Después de lo relatado, sólo parece lógico aguardar la súbita aparición de lo extraordinario. Y ocurrió.

Lo cierto es que al principio, Antonio Filguedo pareció encajar la muerte de su madre con una serenidad y entereza envidiables. Acudió al duelo y funerales sin derramar una lágrima, y a los dos días volvía a su trabajo de la misma manera habitual. También, como era normal, se despidió al mediodía, para el almuerzo. Pero a la hora de entrada de la tarde ya no volvió. En un primer momento, se interpretó su ausencia como un malestar pasajero, el lógico derrumbe ante una situación a duras penas mantenida. No se le molestó. Tampoco supuso preocupación que no apareciera a la mañana siguiente, ni a la entrada después del mediodía. Pero a la salida de la tarde, don Antonio Régoli, el director de la entidad, y varios empleados acudieron a la casa de la calle Malteses. Se cansaron de llamar a la puerta, nadie contestaba. Entonces comenzó a cundir la preocupación. Ana María, la muchacha que cuidaba la casa en vida de doña María Encarnación, aún tenía la llave y abrió la puerta. Registraron sin resultado el interior, no había la menor huella de que Antonio Filguedo hubiera estado allí aquel día, ni la noche anterior. En vano le esperaron en vela aquella noche. Y tampoco apareció al día siguiente. La preocupación se transformó en alarma,

habida cuenta de que nadie había visto el menor rastro de Filguedo desde el momento de su desaparición.

Antonio Filguedo reapareció dos semanas más tarde, a la hora de entrada al banco, después del mediodía. Sus reacciones eran las habituales: el saludo apocado y tímido, el colgar el sombrero en la percha, el sentarse ante su escritorio de trabajo. Tan sólo pareció sorprenderle el bulto inusual de papeles acumulado sobre el mismo, y la llamada de don Antonio Régoli y su demanda de una explicación inexplicable. Lo que pudo interpretarse como una ofuscación momentánea, se transformó poco después en una certidumbre más grave y pesarosa. Ni transcurrida otra semana, Antonio Filguedo volvió a desaparecer, y esta vez la duración de su eclipse fue de dos meses. Curiosamente su reaparición ocurrió un domingo, cuando muchos transeúntes en paseo festivo lo vieron venir por la calle mayor y quedar pasmado ante las puertas cerradas del banco. Para todos se hizo evidente que Antonio Filguedo se había vuelto loco.

La bondad de ciertas personas es infinita. Una de esas personas fue don Antonio Régoli. A pesar de los pesares admitió de nuevo en su entidad a Antonio Filguedo. Es cierto que le fue quitando todo trabajo de responsabilidad o cierta importancia, pero le dejaba trabajo suficiente y le daba su misma paga. Hombre avanzado a su tiempo, desoyó airado los comentarios que aconsejaban internar a Filguedo en un centro apropiado, la mejor medicina a este enfermo, decía, es un poco de comprensión, cariño y una buena dosis de su habitual trabajo. Pero don Antonio Régoli también desapareció de esta vida, y su sucesor, un hombre más joven y con ideas de rentabilidad más avanzadas, despidió a Antonio Filguedo. Comenzó entonces su época más oscura y triste.

Se dice, que bastante tiempo después de su despido, acudía con su habitual puntualidad a las puertas del banco, y allí permanecía de pie hasta el mediodía, en que volvía a su casa. De nuevo a la hora de la tarde repetía el ritual, hasta la hora del cierre. Sea porque nuestro protagonista se

cansara, o porque el nuevo director de la entidad encontró alguna solución expeditiva que eliminara la constante y molesta presencia, Antonio Filguedo comenzó a alargar su diario trayecto por la calle mayor hasta el parque. Allí se sentaba y aguardaba, en los primeros tiempos trabajando infatigable los números de su cuadernillo, hasta las exactas horas del almuerzo y la hora de cierre de las tardes. Comenzó a vivir de la caridad de los vecinos y, sobre todo, del abnegado sacrificio de Ana María que, tal vez requerida antes de su muerte por doña María Encarnación, nunca descuidó las comidas de Filguedo, el aseo de su casa y la atención en los casos de alguna enfermedad. Con el transcurrir de los años, su figura constante, sus hábitos minuciosamente repetidos, acabaron por marcar otra huella inequívoca en la piel inconfundible de esta ciudad. Fue entonces cuando yo le conocí.

Muchas otras desapariciones extraordinarias se han atribuido con posterioridad a Antonio Filguedo: una ocurrida durante un eclipse total de sol en el segundo tercio del siglo, otra cuando la llegada del cometa Halley en 1910; también escuché de la ocurrida cuando el día del Alzamiento al inicio de nuestra guerra civil: todas son apócrifas, excepto las reseñadas con anterioridad. En aquellas, cabe reseñar un común carácter de las circunstancias en que se produjeron: todas suponen un crítico momento en la existencia: el del nacimiento, el matrimonio, la muerte de un ser querido, la agonía última y la propia muerte. Muchos acabarán por olvidar la vida extraordinaria de este hombre y este relato. Algunos seguiremos aguardando la extraña aparición de un anciano moribundo en una cama del antiguo Hospital del Hospicio. Ha de afrontar el trámite insoslayable de la propia muerte.